

# La epopeya de la clausura

## La niña de Miłosz

Christopher Domínguez Michael

Meses después de la caída del muro de Berlín, entre agosto y septiembre de 1990, el poeta polaco Czesław Miłosz, una de las figuras emblemáticas de la disidencia en Europa central, además, visitó México. Estaba invitado al encuentro “El siglo XX: La experiencia de la libertad”, organizado por la revista *Vuelta*. Mientras hojeo la memoria de aquellas jornadas, 1990 me parece un año remotísimo y cuando encuentro la mesa redonda que Miłosz abrió recitando un poema en inglés que luego leyó Octavio Paz en español, trato de recordar sin mucho éxito qué pensaba yo en ese momento, en el que tuve la fortuna de estar en el estudio de televisión donde se grababan esas históricas sesiones, tan mal digeridas por una opinión pública ensordecida por el sorpresivo derrumbe del imperio soviético. Sé por qué cuando escuché a Miłosz abandoné,

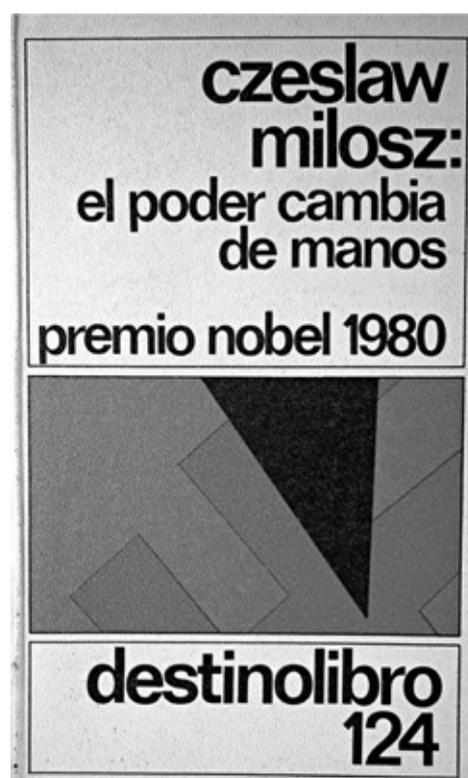
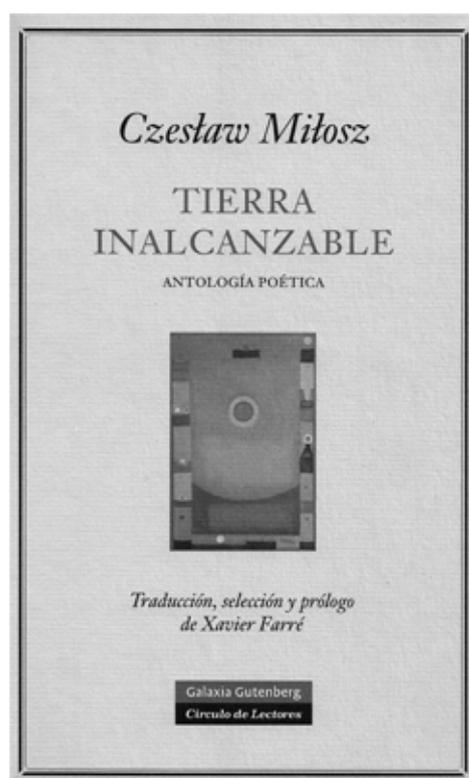
en sueños, la Historia, por el lecho. El gran Miłosz me recordaba a una joven mujer, muy blanca, de pelo negro. El poeta, casi todo poeta, habría dispensado mi distracción.

Pero sigamos con la Historia. Un año después apenas la bandera de la hoz y el martillo fue arriada del Kremlin. Algunos de los intelectuales que acompañaban a Miłosz, como Ivan Klíma, Norman Manea, Carlos Franqui, Tatyana Tolstaya y Cornelius Castoriadis, habían sido víctimas de las persecuciones estalinistas en el Este y a otros, como el propio Paz, Irving Howe, Hugh Thomas o José de la Colina, les había tocado resistir, en el oeste, a la persistente, sofocante y exitosa propaganda totalitaria. Pero aquellos hombres y mujeres venidos del Este estaban perplejos, un tanto incómodos al haberse transformado, en unos pocos meses, de disidentes testimoniales

condenados al basurero por la dialéctica, en protagonistas de una historia que se estaba escribiendo. Quien lea aquellas intervenciones (las editó Fernando García Ramírez para Clío), un cuarto de siglo después, se sorprenderá de la humildad de aquellos demócratas, más preocupados en dilucidar algún fragmento del porvenir a través de las tormentas que se avecinaban, que en festejar las revoluciones democráticas de 1989.

No les faltaba razón y sabiduría en la prudencia: de eso se trata, justamente, la poesía de Miłosz, de la manera en que la historia ocurre, destruye y mata de la misma forma en que alimenta ilusiones vanas, ilusiones sangrientas. Ya en otras ocasiones, Miłosz había creído formar parte de una victoria de la humanidad, como en 1945, cuando el nazismo había sido derrotado y esa victoria pronto se tornó en una nueva servidumbre para Polonia, esclavitud que el poeta denunció en *El pensamiento cautivo* (1953). Este libro, escrito en vida de Stalin, fue una de las primeras reflexiones críticas venidas del otro lado de la Cortina de Hierro, obra de quien se había decidido a desmontar con implacable sutileza las quimeras en las que él mismo creyó: “Existe en el marxismo, incluso en su forma vulgarizada, algo que suele permanecer inaccesible tanto para los adeptos como para los adversarios, como si un fenómeno incomparablemente superior fuera prisionero de signos imperfectos que adulteraran su contenido, como si se redujera un elefante a la forma de su trompa”.

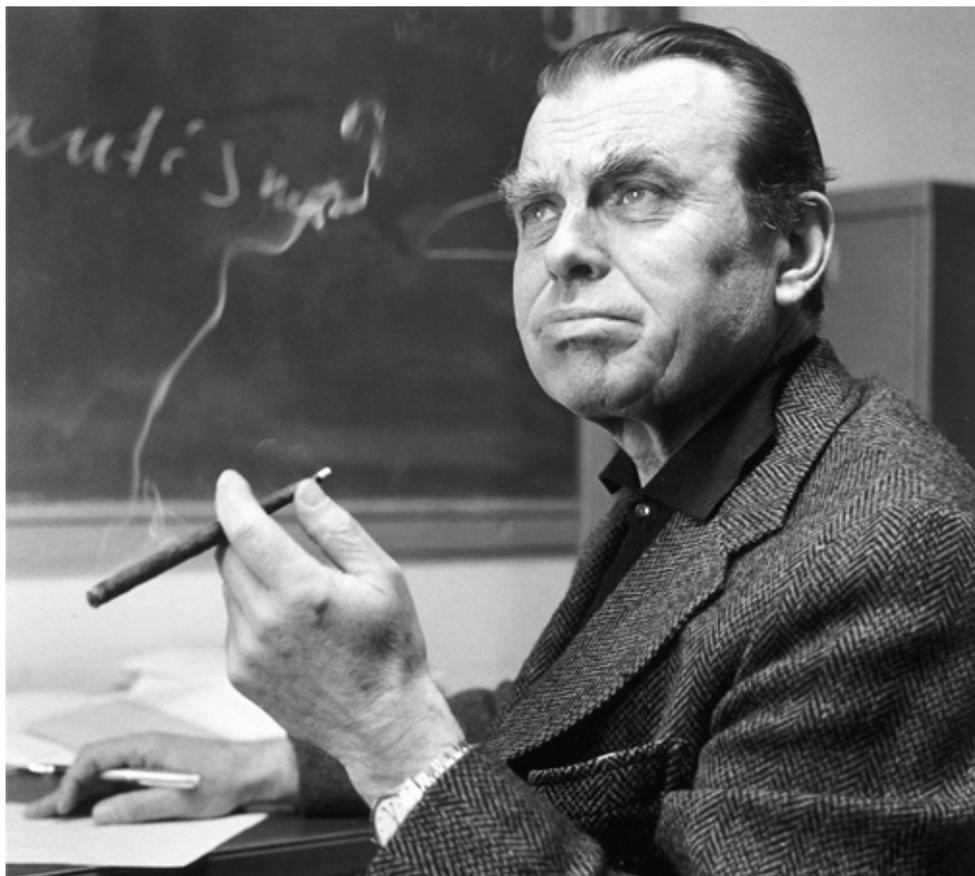
Paso a la historia, con minúsculas. En aquel otoño mexicano, Miłosz, Premio Nobel de Literatura en 1980, aunque ya tenía sus ochenta años, no se veía viejo; lucía uno de sus rostros eslavos que parecen haber sido esculpidos a golpes de martillo contra



el mármol. Y de haberme atrevido a acercarme no le habría hecho ninguna pregunta sibilina, me hubiera gustado contarle cómo olvidé en casa de una desconocida un ejemplar de su *Poesía*. Esa muchacha, venida, expatriada, de América del Sur, tiene su lugar en mi bitácora sentimental. Se pintaba continuamente los labios, sacando su bilé de una bolsita, una excentricidad en aquellos rumbos y en esa década. Todo ocurrió una tarde del verano de 1984 y es la única vez en mi vida en que habiéndome propuesto expresamente salir a conquistar, desesperado, una mujer desconocida, lo logré, con tan sólo sentarme y conversar un poco con ella, la desconocida, en el ahora desaparecido El Parnaso, en el centro de Coyoacán. (Por fortuna desapareció ese café y librería; su decadencia fue ruinoso, duró tres lustros, la constatación de cómo algo que fue seductor se convierte en una pocilga enquistada, no en la memoria, sino en la calle).

Pasé con aquella dama, cuyo nombre no recuerdo, toda esa tarde, en verdad dichosa y una larga e imprevista noche de amor, en su departamento enclavado en el cinturón rojo de Copilco. Despertando, nos despedimos como se hacía entonces, sin comprometernos a otra cita, pero anhelándola. Incurriendo en el proverbial acto fallido, olvidé *chez elle* mi ejemplar de la *Poesía* de Miłosz, y esa misma tarde o quizá la mañana siguiente, volví, feliz, por las dos, por la *Poesía*, un pequeño ejemplar dorado de Tusquets, y por la niña, a la cual mi memoria convirtió en una belleza beatríciana. Pero no di ni con el edificio, ni con el departamento ni con ella, naturalmente. Ignoraba el sitio exacto de mis amores fugaces, había llegado nervioso al anochecer y me fui eufórico al siguiente mediodía. A mi habitual despiste en el espacio, ya entonces grave, se aunaba esa combinación fatídica. No queda sino pensar que nada de eso tuvo lugar o si ocurrió fue en un mundo posible y paralelo pero inaccesible. Como en un cuento de amor y fantasía de Bioy Casares. El ejemplar de Miłosz fue reemplazado y la niña que se lo quedó fue inmortalizada por su amante ocasional.

Vuelvo a la Historia y su aceleración ideológica, el problema central en la poesía de Miłosz. Junto a las ruinas de Cracovia —la ciudad cuyo epitafio cantó este



Czesław Miłosz

poeta de origen lituano y la ciudad que eligió para morir—, antepone Miłosz la morosa y melancólica observación de la naturaleza. Ese contraste alumbra sus poemas: son el retrato de un hombre del siglo pasado que quisiera mirar hacia otro lado, hacia “el árbol transparente, preñado de aves pasajeras”, pero está obligado a ser el pobre cristiano que mira el ghetto de Varsovia, también herido, doble víctima por ser cómplice de los verdugos. Influidos por la poesía japonesa clásica, por la cábala judía y él mismo sobrino de otro gran poeta lituano —Oscar de Lubicz Miłosz, que escribió en francés—, Miłosz afirma: “La utilidad de la poesía está en recordarnos / que es difícil seguir siendo la misma persona, / porque nuestra casa está abierta, su puerta, sin llave / y los huéspedes invisibles entran y salen”.

Historia otra vez. He leído desde entonces el par de novelas, regulares, de Miłosz (*El poder cambia de manos* y *El valle del Issa*) y con frecuencia recurro a *El pensamiento cautivo*, sus memorias (*Otra Europa*, 1981), y sobre todo, su poesía, en las versiones de Bárbara Stawicka. A su muerte, el 14 de agosto de 2004, escribí convencionalmente, que “la aceleración de la historia” —como tituló a uno de sus poe-

mas más elocuentes— había terminado para él, el admirado Czesław Miłosz, el diplomático que rompió en 1951 con la Polonia comunista y, tras unos años en París, se refugió durante décadas en el departamento de lenguas eslavas de la Universidad de Berkeley, desde donde regresó a Polonia en 1994. Cité entonces algunas líneas de ese poema: “No ames país alguno: los países perecen fácilmente. / No ames ciudad alguna: fácilmente se desploman en ruinas. / No conserves recuerdos porque de tu memoria / Rezumará el humo capaz de asfixiarte. / No ames a los hombres: los hombres mueren fácilmente / O son humillados e imploran tu amparo. / No mires a los lagos del pasado: su superficie cubierta de moho / Revelará un rostro distinto al que habías esperado”.

Mi historia, para terminar. A la muerte de Czesław Miłosz y más aun diez años después, lamenté no haberme atrevido a contarle, en San Ángel, en aquel otoño de 1990, mi pequeña aventura con su *Poesía*. Lo sigo lamentando. He compuesto mentalmente la escena de aquella confesión imposible. Cuando lo leo o lo oigo nombrar o lo alabo, en realidad no pienso en él sino en “su” personaje, mi niña de Miłosz. **U**